

## EPÍLOGO.

MÁS SOBRE LA MACRO-RETÓRICA:  
DIÁLOGO CON ROSSETTI<sup>19</sup>

GERARDO RAMÍREZ VIDAL [GRV]. —Livio, *caro* maestro, me da mucho gusto anunciarte que tu libro *Estrategias macro-retóricas* aparece ahora en nuestra colección “Bitácora de Retórica” en una esmerada traducción española realizada por nuestro colega —y también discípulo tuyo— Omar Álvarez. Me parece que esta noticia puede ser de mucho interés para ti y de gran relevancia para el mundo académico de habla hispana, pues la publicación de este manual, a más de consolidar la larga relación académica que has mantenido con nuestra Universidad, pondrá al alcance de un público potencialmente enorme tus innovadoras reflexiones teóricas sobre un aspecto de la retórica hasta ahora virtualmente ignorado. En efecto, esta iniciativa editorial corona dignamente los lazos que has venido estrechando con la UNAM desde el lejano 1986, con tu primera visita a México como participante en el *Primer Symposium Platonicum*, seguida de una serie de ya numerosas estancias como profesor invitado y conferencista. Sin embargo, de esta intensa relación sólo daban testimonio hasta ahora algunos artículos tuyos publicados aquí, pero sin que esto hubiera fructificado todavía en la edición de un libro.

---

<sup>19</sup> El título de este Epílogo alude abiertamente a una serie de hipertextos diseñada por el profesor Rossetti, que también fue autor del primer número, intitulado *Dialoga con Sócrates*, publicado en 1995, es decir, no mucho después de la aparición de sus *Estrategias macro-retóricas*. En ese programa digital —que volvió a editarse en 2006 bajo el título *Un Eutifrone interattivo. Tentazioni esegetiche dissociate*— los estudiantes pueden establecer un diálogo “directo” con el filósofo, quien entabla una conversación ‘socrática’ con su interlocutor, abordando el punto doctrinario que el usuario escoge.

LIVIO ROSSETTI [LR]. —Ésta es una noticia que sinceramente me alegra mucho, ya que me da la oportunidad de rememorar los diferentes momentos de esta relación tan rica que he mantenido con la UNAM, muy en particular con los colegas y amigos del Centro de Estudios Clásicos. Permíteme recordar aquí tan sólo dos de los acontecimientos más significativos de ella: la participación de la numerosa delegación mexicana en el *Segundo Symposium Platonicum*, que se celebró en Perusa en 1989 estaba integrada por seis verdaderos expertos, como nunca había ocurrido antes; un par de años después llegaste tú como becario a nuestra Universidad.

GRV. —Fueron sin duda sucesos de buen agüero. Los vínculos fecundos que tú y otros estudiosos de Perusa han venido estableciendo con un considerable número de profesores y estudiantes mexicanos se manifiestan en el librito *Umbria-Messico, Perugia-UNAM: Frammenti di una lunga amicizia*: en éste recopilaste los testimonios sobre las relaciones académicas de facto entre las universidades de Perusa y de México por parte de los actores involucrados, muchos de ellos colegas y amigos nuestros. Aquí, naturalmente, yo resaltaría tu entrañable amistad con mi querida maestra, Paola Vianello, cuyas diligentes gestiones e incansable labor la perfilan como una Hestia del intercambio universitario interoceánico, pero que desafortunadamente ya no alcanzó a ver impreso ese volumen para el que contribuyó con un emotivo texto. Ésta fue, pues, su publicación postrera, pues falleció mientras estabas preparándola, dejando así un último testimonio vivo de ella en las páginas de esa obra, aparecida a escasas semanas de su desaparición,

LR. —Sí, fue sin duda una pérdida incalculable, pero que deja una herencia riquísima. Puedo recordar con especial placer, entre otros detalles, la cena que hicimos juntos en El Portón de la Glorieta de San Antonio, donde estuvo Paola con todo su grupo de alumnos, en 1986. Ése fue mi primer contacto con vosotros y, al mismo tiempo, el comienzo de una charla muy prolongada que aún continúa más de veinte años después.

GRV. —¡Cómo olvidar aquellos momentos! Pero volvamos a tu libro, que es lo que en este momento me interesa comentar. Tuve la oportunidad de leerlo antes de publicarse por primera vez, durante mi estancia en Perusa como becario, bajo tu dirección. Me llamó la atención que tú, un filósofo, te dedicaras a la elaboración de una obra de retórica, que insertas dentro de la tradición de esos estudios; pero tal vez llamó más mi atención que fuera —creo— discordante e innovadora frente a esa misma tradición.

LR. —En efecto, ese librito parecía —y quizá sigue pareciendo— bastante discontinuo frente a la forma en que se percibía y se enseñaba la retórica en los años noventa.

GRV. —Para empezar me interesaría entender mejor cuál era la situación o contexto en que se publicó originalmente tu libro, en el ya lejano año de 1994. Se trata —me parece— de un momento de asimilación y de revisión de los estudios sobre la retórica que se habían realizado en los últimos cuarenta años, a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, pero al mismo tiempo fue una oportunidad para volver a examinar la tradición de esa disciplina y la idea misma de retórica. Muchas publicaciones de los años noventa parecen dar testimonio de ese fenómeno.

LR. —Tal vez estés pensando en la importante obra *Historisches Wörterbuch der Rhetorik*, publicada bajo la dirección de Gert Ueding. El primer volumen apareció en 1992, y los siguientes números fueron publicándose en años posteriores [1994, 1996, 1998 y 2001], sin que haya concluido aún el proyecto. Recordarás que te ofrecí dicha obra en tu última visita a Perusa, aunque no la aceptaste.

GRV. —Sí, y te agradezco la generosa oferta, pero la verdad es que no me parecía justo que por mí te desprendieras de una obra tan valiosa. Por fortuna, puedo consultar estos volúmenes en la biblioteca del Instituto de Investigaciones Filológicas, junto

con otros títulos de la misma década, también importantes, que muestran la misma orientación, como *The Rhetorical Tradition*, de Patricia Bizzell y Bruce Herzberg [1990<sup>1</sup>] y la *Encyclopedia of Rhetoric and Composition*, al cuidado de Theresa Enos [1996].

Otras obras reflejan esa misma tendencia. En 1995 se imprimieron en la colección “Landmark Essays” nueve volúmenes que recopilan artículos ya publicados antes. Pero hay otros muchos títulos del mismo género, como *Persuasion: Greek Rhetoric in Action*, al cuidado de Ian Worthington [1994], aunque en este caso se trata de una compilación de estudios originales. La importante historia de la retórica de George A. Kennedy: *A New History of Classical Rhetoric* [1994], refleja esa tendencia a la recapitulación y la síntesis, pues su autor reúne y actualiza en un solo volumen tres estudios suyos anteriores.<sup>20</sup>

En Francia los estudios retóricos habían tenido un enorme florecimiento, en parte gracias a la influencia del estructuralismo. Los nombres de Roland Barthes, Oswald Ducrot, Michel Foucault, Gérard Genette, Algirdas Julien Greimas, Tzvetan Todorov, los miembros del Grupo  $\mu$  y muchos otros son de sobra conocidos no sólo en Francia sino también en Italia y Latinoamérica. Esta tradición fue objeto de revisión en 1997, en un coloquio sobre los 20 años de la historia de la retórica en Francia, que fue publicado cinco años después [Pernot 2002].<sup>21</sup>

LR. —Y no olvides la rica tradición hispánica en este campo, de la que me permito recordarte la *Actualidad de la retórica* [1995] y *Esencia y objeto de la retórica* [1996], de Antonio López Eire, precedidos por otros libros que también conoces y que han marcado el rumbo de esos estudios, sobre todo en España, como

<sup>20</sup> *The Art of Persuasion in Greece*, de 1963, *The Art of Rhetoric in the Roman World*, de 1972, y *Greek Rhetoric under Christian Emperors*, de 1983 —cf. la Bibliografía al final de este Epílogo. .

<sup>21</sup> Marc Fumaroli publicó, en 1999, la *Histoire de la rhétorique dans l'Europe moderne (1450-1950)*, que reúne, en casi mil trescientas páginas, contribuciones de importantes estudiosos de Francia sobre la retórica en el periodo señalado.

la *Retórica* de mi estimado amigo Tomás Albaladejo [1989], y también en México, con la aparición del *Diccionario de retórica y poética*, de la siempre enriquecedora Helena Beristáin [1985].

GRV. —Tienes razón, ¡cómo pasar por alto estas contribuciones! De cualquier modo, como podrás observar, los estudios mencionados manifiestan la misma tendencia, es decir, intentan recapitular. No debe extrañar que este fenómeno se manifieste también en los estudios de retórica en Italia, como lo muestra la publicación, en 1998, del libro *Studi di retorica oggi in Italia*, 1997, al cuidado de Maria Silvana Celentano y Adriano Pennacini, antecedido de obras de apreciable valor. Estos datos me producen la sensación de que el contexto en el que surgió tu obra es precisamente de síntesis y de maduración. No sé si estás de acuerdo en esto.

LR. —Me resulta difícil afirmar o negar lo que dices, a pesar de lo que hay de halagador en tus palabras, porque mi trabajo, aunque por un lado pudiera respirar el clima de transformación de la idea misma de retórica que ya se percibía en esos años, por otro lado nació en un contexto completamente diferente: la “batalla exegética” sobre Sócrates y las perspectivas de cambio de paradigmas en la historia de la filosofía griega. Yo había estado investigando durante varios años la retórica de Sócrates (y, por supuesto, la de Platón). Para ello necesitaba una base teórica más amplia. Estaba buscando un cierto nivel de generalización.

GRV. —En este sentido podríamos decir que tu libro mantiene de alguna manera ese carácter general. De cualquier modo, aquellos años fueron de reflexión sobre el pasado. Creo que también se observa en los diferentes países tendencias específicas a restringir el campo de la retórica: en los Estados Unidos, los estudios de esa disciplina se orientaron fundamentalmente hacia el proceso de composición escrita en los *Departments* de lengua y de comunicación; en Francia, se vincularon sobre todo con la lingüística y la literatura, aunque también con la filosofía;

en España y América Latina, la retórica se presentó en particular como un instrumento auxiliar del análisis de los textos literarios. Los estudiosos en cada país parecen tener sus propias restricciones, como Gérard Genette observó en el caso de la llamada “retórica general” del Grupo  $\mu$ , que él consideraba como una “retórica restringida”.

Por su parte, los estudiosos italianos no parecen, a primera vista, haber seguido un camino propio, sino varios senderos con una rica tradición y producción cada cual —tal vez por causa de la diversidad regional del país—, ya sea de carácter literario, comunicativo o político, además de la aplicación del sistema retórico al análisis de obras de arte. A pesar de esa diversidad, parece destacar un filón predominante entre las diversas orientaciones: la rica veta filosófica, cuyos antecedentes tal vez podamos encontrarlos en autores como Giambattista Vico, Carlo Michelstaedter y Benedetto Croce. En esta trayectoria, destacan publicaciones como los dos libros de Armando Plebe: *Breve storia della retorica antica* [1961, con varias reediciones] y *Manuale di retorica* [1988]; los textos de Renato Barili: *Retorica* [1979] y *Corso di retorica* [1995], la *Retorica* Giovanni Bottiroli [1993] y, sobre todo, los trabajos de Umberto Eco, como el *Tratado de semiótica general* [1975], y los estudios de otros autores más. Esta “retórica filosófica” se manifiesta también en Bélgica, con el famoso *Traité de l'argumentation*, de Chaïm Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca [1958], y en Francia, con un gran número de filósofos, como Michel Meyer, cuyo libro sobre la problematología [1986] tú conoces muy bien.

LR. —Sí. Me impresionó el hecho de que el sucesor de Perelman en la Universidad Libre de Bruselas, Michel Meyer, pudiera considerarse insatisfecho con una idea de filosofía concebida como colección de respuestas. Pero continúa, por favor, con tu agradable reseña panorámica.

GRV. —En realidad sólo me faltaba decir que estos últimos pensadores dieron impulso a los estudios de retórica más allá de la orientación literaria predominante en Francia, aunque tal vez

tuvieron una aceptación menos entusiasta. En suma, podemos observar esa tarea de síntesis en las diversas áreas culturales de Europa y América con respecto a la retórica y sus peculiaridades específicas, en particular esa vinculación con la filosofía de algunos estudios realizados en Italia. En este ambiente se publicó tu *Estrategias macro-retóricas*. ¿Te parece que esas diferentes tendencias que yo visualizo sean reales, o sólo me las estoy imaginando?

LR. —Claro que me reconozco en esta fotografía del período. Pero necesito subrayarte, Gerardo, que mi esbozo de teoría no nació al interior de la comunidad de los especialistas de retórica, sino como un instrumento que yo necesitaba en cuanto historiador de la filosofía. Sabrás que, en su mayoría, a los filósofos no les gusta mezclarse con los retóricos; se consideran superiores: muchos siguen pensando, tal como Descartes o Kant, que la filosofía es auténtica en la medida en que no comparte nada con la retórica. En el caso de Sócrates, que fue el objeto primario de mis investigaciones, esa actitud me resultaba innatural. Ya en 1974-75, es decir, veinte años antes, había publicado un artículo intitulado “Socrate e il ruolo della dissimulazione nel processo educativo”, y mi idea era que Sócrates empleaba algunos estratagemas esenciales de comunicación. Años después me resultó natural pensar que no se puede llegar a entender a este filósofo si uno no toma en cuenta sus estrategias retóricas. De ahí surgió en mí la necesidad de explicar de manera adecuada estos mecanismos de persuasión, y mi impresión fue y sigue siendo que los tratados de retórica no eran de mucha ayuda para encontrar lo que yo estaba buscando, ni siquiera la obra de Perelman.

GRV. —En efecto, tu libro es el resultado de una actividad de análisis y de reflexión sobre los usos inteligentes del discurso desarrollada durante casi tres décadas. Tu primer artículo, publicado en 1971, es una revisión de la literatura socrática. Pero esta actividad no se detuvo en 1994, sino que ha continuado, incluso con mayor fuerza, como puede observarse en un artí-

culo de próxima aparición: “Un punto de vista holístico sobre la retórica. Umbral crítico y horizonte de espera” (2009), luego de haber elaborado en el largo ínterin una serie bastante amplia de artículos sobre este tema cuya reseña debe ser objeto de un estudio especial. Se pueden mencionar en este caso tanto tu viejo artículo sobre el *Acerca del no ser*, de Gorgias (Rossetti 1985),<sup>22</sup> donde abor das ciertos mecanismos argumentativos del sofista en particular, el de la generalización, así como estudios más enfocados al problema del manejo de los mecanismos retóricos en los filósofos, como el intitulado “Rhétorique des Sophistes – Rhétorique de Socrate” (Rossetti 1984). Sería muy adecuado ofrecer un balance de toda tu actividad intelectual en este campo, aunque éste no es el momento de hacerlo.

En suma, me represento tu texto de 1994 si no como un resumen, sí como una sistematización de una serie de ideas que habías expuesto con anterioridad sobre el empleo inteligente del lenguaje. ¿Te parece que podemos considerar tu libro como una organización de tus hipótesis sobre las estrategias del lenguaje?

LR. —De acuerdo. Antes de escribir este librito, abordé categorías y esquemas teóricos en varios artículos sobre temas próximos, desde las inferencias pseudo-analógicas (Rossetti 1984b) hasta el estimulante ‘descubrimiento’ del *formateo* cuando ya utilizaba disquettes y necesitaba asegurarme de que éstos tuvieran un formateo adecuado; desde la lógica informal, las falacias y Zenón hasta al derecho griego, tan íntimamente relacionado con la retórica. Todo eso te muestra una investigación prolongada y desarrollada en varias direcciones.

GRV. —Pero me estás hablando de cosas muy diferentes, ¿no te parece? Me gustaría que abundaras un poco más en estos impulsos previos.

---

<sup>22</sup> Sobre los artículos de Livio Rossetti mencionados en este diálogo, cf. la bibliografía, además del sitio web [<http://www.rossettiweb.it/livio>].

LR. —Todo eso ocurrió mucho antes de lograr entender de modo preciso qué era aquello que yo estaba buscando y que sólo percibía vagamente. A ello se debe que yo buscara en varias direcciones, pero siempre en el rumbo de las formas de manipulación del pensamiento. Recuerdo que me impresionó muchísimo una sentencia de algún autor de inicios del siglo XIX que decía que una falacia expuesta brevemente en el contexto de un tratado específico no engañaría ni siquiera a un niño, pero si se diluyera en un ensayo de varios cientos de páginas podría pasar imperceptible y engañar a toda clase de intelectuales. Mi problema era que no contaba yo con los instrumentos para llegar a determinar esta dinámica típica de las obras de ciencia, aunque me parecía del todo pertinente ponerla en relación con el mismo Sócrates en cuanto maestro en un tipo de disimulación del cual los mismos comentaristas profesionales parecían no darse cuenta.

GRV. —Tal vez podrías darme un ejemplo.

LR. —¿Cómo no? Tomemos el inicio de la *Apología* platónica, ahí donde Sócrates pretende ser creíble, auténtico y, sobre todo, inofensivo, porque no utiliza el lenguaje especializado de los rétores. Me imagino que un *hetairós* de Sócrates podría notar en estas palabras una clásica trampa socrática, y llegar de inmediato a la conclusión de que los acusadores tenían toda la razón cuando invitaban al auditorio (los jueces populares) a no dejarse engañar por este hombre que era un verdadero maestro de la palabra, un *deinós legein*. Pues bien, ¿crees que los comentaristas modernos se preocupan de este asunto?, ¿crees que es posible encontrar algunas líneas sobre este detalle tan elocuente? No, absolutamente nada, ni en italiano, ni en inglés, ni en castellano, ni en otros idiomas. Peor aún, ¿crees tú que los comentaristas se preguntan a qué se debe que Platón fuera tan jactancioso al escribir dichas líneas, sin temor de que el lector medio se diera cuenta del engaño? No, pero yo presumo que Platón le apostaba a la incapacidad de los lectores de abrigar sospechas, es decir, de poder hacer un tipo de descodificación

que, al contrario, para ti sería bastante inmediata. Puedo añadirte que este pequeño descubrimiento me acompañó durante años como una flecha que me indicaba, por lo menos, la dirección que debía seguir en mis investigaciones.

GRV —Esto que dices me parece realmente interesante. Pero, ¿qué sucedió después?

LR —Durante esta fase explorativa, llegué a darme cuenta de que la retórica taxonómica —para entendernos bien, me refiero, por poner un ejemplo, a la *Rhetorica ad Herennium* y al *Handbuch*, de Lausberg— no me era de ninguna utilidad para mis investigaciones, porque se interesaba únicamente de los detalles, sin una mínima referencia a las estrategias comunicativas, es decir, retóricas. Pues bien, fue precisamente esa idea de la postura estratégica la que, a pesar de su evidente importancia, me parecía faltar en los tratados de retórica (y, *a fortiori*, en los estudios sobre Sócrates), como si no se tuviera conocimiento de ella. Todo refinamiento de detalle me parecía (y me sigue pareciendo) que tiene sentido sólo si puede cumplir con funciones requeridas por las ideas guía de una iniciativa comunicativa dada. Me preguntaba cómo es posible establecer si cierto detalle cumple o no cumple con una función esencial si no se ocupa uno del proyecto estratégico. Es absurdo que la retórica no ponga interés en asuntos tan importantes. Por eso ahora te pregunto si no es cierto que los teóricos de retórica prácticamente ignoran las estrategias que dan lugar a iniciativas comunicativas eficaces o si soy yo quien no se da cuenta.

GRV —Sin duda. La gran mayoría de los estudiosos de esta disciplina no pone atención en la eficacia del discurso, en los efectos que puede causar en sus destinatarios. Pero una tendencia importante de maestros prácticos y teóricos del discurso de la antigüedad ya ponía atención en esos fenómenos. En efecto, no es extraño que la retórica se relacionara estrechamente con la medicina, precisamente porque una de sus funciones es curar, acerca de lo cual hay un libro en español muy interesante.

Y también recordarás a Antifonte, que había establecido una clínica en Corinto para curar mediante la palabra a los enfermos aquejados por la depresión, la melancolía y otras enfermedades del alma. Es más, podría decir que la retórica es, precisamente, un conjunto de estrategias tendientes a causar algún efecto en el destinatario.

LR. —Precisamente, si es así como dices, entonces yo tengo razón, porque significa que estamos hablando de una virtualidad de la retórica en la que los mismos teóricos griegos no se interesaron o no llegaron a comprender su importancia, ¿no te parece?

GRV —De acuerdo. Es cierto que los teóricos no han puesto atención en la planeación estratégica. Pero yo creo que no se trata de toda la retórica, sino de la teoría retórica tradicional, que fue elaborada en la antigüedad fundamentalmente por filósofos. Esto tiene que ver precisamente con el segundo aspecto general que pienso que caracteriza tu libro *Estrategias macro-retóricas*, es decir, que se trata del estudio de un filósofo con una orientación filosófica. Dejando a un lado a los antiguos, no me parece que tenga relación con las tendencias estéticas o semióticas predominantes en la actualidad, sino que, en efecto, parece seguir un camino propio, como ya antes lo has señalado. Por tanto, sería interesante caracterizar de modo más concreto tu obra en contraste con los demás estudios publicados, señalando cómo se inscribe en el contexto de producción retórica occidental de la segunda mitad del siglo pasado, en particular en comparación con la “Nueva retórica” de Chaïm Perelman y, más en particular aún, dentro de la tendencia de la retórica en Italia: ¿Qué podrías decirnos en relación con la ubicación de tu obra en el contexto de los estudios de retórica que acabo de describir?

LR. —Aunque me es difícil responderte como quieres, me gustaría comentar algunas cosas al respecto en relación con autores como Polya, Mosconi y Finocchiaro, que han sido totalmente ignorados por los retóricos profesionales.

GRV. —Es cierto. No recuerdo haber leído nada de ellos ni acerca de ellos.

LR. —Bueno, tal vez después tenga la oportunidad de volver a estos autores. Por el momento me gustaría agregar algo más sobre los filósofos. En efecto, mi orientación no se explica sólo como fruto del interés que he tenido por entender bien el caso de Sócrates, sino, además, como una consecuencia del haberme dado cuenta de que la excelencia de muchísimos textos filosóficos es, antes que nada, una excelencia de tipo comunicativo, es decir, el poder de capturar la mente de los lectores (y sobre todo de los lectores más cultivados) y de dirigirla con una fuerza casi irresistible. Piensa sólo en el impresionante éxito de Descartes y Kant, quienes supieron imponer no sólo teorías, sino, además, problemas y modelos para el debate profesional sobre estos temas. De la misma manera, Platón fue capaz de imponer la idea de que cuando se habla de la actividad discursiva de Sócrates resulta un sinsentido hablar de retórica, porque para él retóricos son los demás, esto es, los sofistas, pero sin duda no lo es su gran maestro.

GRV. —Sin duda, Livio. En el caso de Sócrates, de Platón y de algunos otros, como mencionabas es innegable lo que dices, pero no se puede aplicar el mismo juicio a todos los filósofos, puesto que tú mismo perteneces a la clase de filósofos que se dedican a la retórica, y tu ejemplo contradice la supuesta oposición entre retórica, por un lado, y filosofía y ciencia, por el otro. Me parece que la oposición entre retórica y filosofía en realidad no existió, por lo menos cuando se aplica a la antigüedad: ni Platón ni Aristóteles se oponían a la retórica en cuanto tal, sino a una cierta práctica de la retórica, aquella que ellos consideraban dañina, deshonesta y mentirosa, practicada por los políticos contemporáneos suyos. Muy por el contrario, se puede afirmar que las bases de la sistematización de esa disciplina se encuentran precisamente en los filósofos, en principio en Platón y en particular Aristóteles. La influencia de este último en el resurgimiento de la retórica en la segunda mitad del siglo xx ha

sido enorme. Prácticamente no puede hablarse de retórica sin mencionarse, aludir o estudiar a Aristóteles.

LR. —Tú estás planteando una objeción de carácter teórico y esbozando una manera diferente de contar la misma historia. Por mi parte renuncio a discutir la supesta contradicción y prefiero concentrarme en la historia. En efecto, me parece que podemos entender mejor a Platón y Aristóteles si utilizamos una imagen un tanto dramatizada de lo que ocurrió con estos dos autores. Empezaré por decirte que, en relación con Aristóteles se admite que hay una retórica, y se analiza, pero con el presupuesto de que este gran intelectual es un hombre de ciencia, un conocedor de la retórica como pocos y, al mismo tiempo, un gran conocedor de la poética, de la ética, de la política, del derecho, así como de la lógica, de los primeros principios, de la cosmología, del cielo, de muchísimas clases de árboles y animales, de cómo los cuadrúpedos deambulan, de cómo los mamíferos se reproducen, de diversos aspectos del cuerpo humano, etcétera, etcétera: a una de las cabezas más extraordinarias de entonces no se le pregunta si sus textos tienen o no tienen una elaboración retórica. Simplemente se utilizan, se estudian, incluido el tratado sobre la retórica.

Pero, ¿qué ocurrió con Platón? Todo permite pensar que él debió tener las dos posiciones: cuando escribe, por ejemplo, el *Gorgias*, su Sócrates es el guerrero que lucha *contra* la retórica; cuando escribe, por ejemplo, el *Fedro*, su Sócrates ya está básicamente reconciliado y se preocupa sólo de distinguir entre una retórica buena (la suya) y una mala (la de los demás). Asimismo, cuando Platón habla de retórica, uno es llevado a pensar que la retórica es mala si es la de los otros, pero es buena (o aún peor, ni siquiera se le llama retórica) si es la de su Sócrates o la de él mismo. Así aparece delineada en el *Fedro*, en la *República* y en otros diálogos. Eso me parecía, y me sigue pareciendo, escandalosamente deshonesto.

GRV. —¿No has considerado la posibilidad de que estés exagerando esa actitud del filósofo?

LR. —Antes de contestarte sobre este punto permíteme añadir algo más. Lo que más me impresiona es que no se hayan dado cuenta de nada tantos lectores profesionales a lo largo de los siglos. Ello se debe no a otra cosa sino a que la sabiduría comunicativa de Platón es increíblemente poderosa, arrebatadora y capaz de cegar por completo a miles de exégetas, profesores y platonistas en relación con aquello que a Platón no le gustaba hacer notar. Platón aparece como sumo prestidigitador y sus lectores, exégetas, etcétera, como intelectuales incapaces de ver la desnudez del rey ni siquiera cuando la desnudez es evidente.

GRV. —Mi impresión sigue siendo que hay exageración aquí. Lo que afirmas ya no resulta provocador, sino más bien iconoclasta.

LR. —No, querido Gerardo, no tengo ninguna duda de estar diciendo la verdad. Podría añadir que no sólo los filósofos deberían reflexionar muy seriamente sobre esta tradición moderna de menosprecio por la retórica, como si ellos fueran seres superiores, sino también que deberían considerar que el ámbito de lo verdadero y de lo cierto es un caso particular que se encuentra dentro del dominio de lo plausible y que se sostienen gracias a una buena retórica.

GRV. —Esta última afirmación me interesa. ¿Podrías abundar en qué sentido? ¿Cómo lo verdadero puede depender de lo plausible?

LR. —Bueno, éste sería un tema propio de la filosofía. Sucede que a menudo utilizamos informaciones, analogías y conjeturas como si fueran válidas, sin que hayamos hecho ninguna verificación o sin preocuparnos por hacerlo. A menudo sucede que utilizamos cierto razonamiento o cierta observación, porque nos parece que cumple con nuestros objetivos, pero no nos preocupamos realmente de establecer si es o no es verdadero y seguro. Sólo en casos particulares nos parece importante es-

tablecer si cierta afirmación es segura o no lo es. En fin, sucede que se reconoce la verdad (repito, *la verdad*) de algo gracias a impresiones y no a un control efectivo. En este sentido, la certidumbre total y auténtica es algo que ocurre, si es que llega a ocurrir, una vez en cien o mil veces, aunque siempre haya quienes pretenden que algo muy opinable pase por una verdad.

GRV. —Me parece muy saludable mantener estas ideas, que podrían esgrimirse cuando ciertos filósofos adoptan una actitud de menosprecio en contra de la retórica, al considerarla como algo secundario, si acaso se le llega a tomar en cuenta, pues lo que a menudo ha sucedido es más bien su completo desinterés por ella, aunque la emplean...

LR. —En efecto, es muy interesante ver cómo la retórica fue confinada en una esquina, como una especialización muy particular.

GRV —De esta manera, disculpa, volvemos a las relaciones entre retórica y filosofía que a mí me interesa describir en sentido positivo. Agregaría que tus colegas filósofos no siempre fueron inspirados por o sufrieron la influencia del menosprecio del que estás hablando. Continúo observando que en la antigüedad greco-romana hubo una estrecha vinculación entre retórica y filosofía. Además de Platón y Aristóteles, ya mencionados, habrá que agregar que el propio Empédocles fue considerado en la Grecia clásica como el inventor de la retórica, que el autor de la *Retórica a Alejandro*, Anaxágoras de Lámpsaco, fue también un filósofo, y que el tema retórico siguió siendo un tema filosófico en época helenística y romana. En el primer caso, baste considerar la *Retórica* de Filodemo de Gádara. También en ámbito latino se muestra este fenómeno. El autor de la *Retórica a Herenio* fue un filósofo, y el propio Cicerón, quien escribió algunas obras muy importantes sobre retórica, también tenía pretensiones filosóficas. Quintiliano no fue filósofo, sino un maestro de retórica profesional, pero recogió de los filósofos, y no sólo de los maestros de retórica, la información con que elaboró su *Institución oratoria*.

Tú has dedicado algunas páginas de tu libro (cf. *supra* pp.75-76) a las críticas que los filósofos han dirigido contra la retórica, acuñando la expresión *retórica de la anti-retórica*, para indicar la aseveración que ellos hacen de estar dando una batalla frontal contra la retórica del engaño, aseveración que no resulta menos insidiosa que la retórica que se ataca. El ejemplo mejor de todos los filósofos es Sócrates, a quienes acompañan Platón, Zenón y el propio Parménides. Naturalmente no te refieres sólo a los filósofos antiguos, sino también a los modernos y a los contemporáneos, aunque es obvio que no a todos. Pero en el caso de los filósofos antiguos parece que se trataba de una técnica consciente, que es precisamente la que tú tratas de desentrañar. ¿Esto es así, o tienes otra opinión al respecto? En otras palabras: ¿tenían una verdadera técnica de la anti-retórica o lo hacían de manera inconsciente?

LR. —Me parece muy difícil contestar esta pregunta. Desde el punto de vista teórico, Aristóteles, por ejemplo, no desarrolló un gran interés ni por los efectos que yo llamaría macro-retóricos ni por la calidad formal de sus textos, en cuanto se consideraba un científico *frío*, y en consecuencia su retórica de la anti-retórica se puede considerar no consciente. En cuanto a Platón, él ciertamente se dio cuenta de haber polemizado contra la retórica de manera unilateral. Sin embargo, no puedo afirmar que él hubiera decidido afrontar de manera reflexiva el riesgo de elaborar el inicio de su *Apología* con procedimientos evidentemente retóricos. Para esto no tengo respuesta. Igualmente, cuando pienso en Zenón, me pregunto inútilmente cómo pudo haber llegado a concebir un librito en prosa, intitulado *Peri Physeos*, donde se hablaba de *physis* sólo para demostrar, más o menos, que la *physis* presenta muchas situaciones paradójicas y sin solución, de manera que su texto no impartía doctrinas, sino que pretendía destruirlas. Como ves, no es fácil optar por un sí o por un no.

GRV. —Podría tratarse de una estrategia empírica que se empleaba de manera automática, sin un soporte teórico. Pero

quiero ya terminar con esa relación entre retórica y filosofía. A mí me parece que los filósofos rechazaron la retórica sólo en época moderna, aunque se basaron de manera sesgada en la crítica platónica contra la retórica de los oradores, y exageraron los aspectos negativos de ésta. Sucedió lo mismo que con la sofística. Según George Grote [1850, vol. VIII: 349-399]: las críticas virulentas contra los sofistas en realidad no provienen de Platón, sino de autores modernos que amplificaron la imagen negativa que el filósofo ateniense tenía de esos personajes.

De la actitud moderna contra la retórica pueden darse múltiples ejemplos, tal vez la más conocida sea la de John Locke quien afirma en el capítulo X del Libro III ["De las palabras"] de su *Ensayo sobre el entendimiento humano*:

todo el arte de la retórica, aparte del orden y la claridad, toda la aplicación artificial y figurativa, no sirven más que para insinuar ideas equivocadas, incitar la pasiones y, de esta forma, engañar al juicio, de forma que en realidad son perfectos engaños.

Los ejemplos son numerosos. No es extraño que la actitud de los filósofos sea de confrontación con esa disciplina. Y no por caso, en tu artículo próximo a publicarse [Rossetti 2009] hablas de cómo, por causa de este tipo de prejuicio, durante la edad moderna la retórica se quedó durante largo tiempo encerrada en un espacio muy especializado y, al mismo tiempo, inofensivo: el de la retórica literaria, concentrada en los detalles.

LR. — En efecto, es muy interesante ver como se desarrolló este proceso que, desde mi punto de vista, es eminentemente anti-retórico. Por otro lado es casi inútil subrayar que esta actitud anti-retórica se desarrolló en nombre de lo "claro y distinto" (te recuerdo que el gran problema de Kant fue si la metafísica podía haber llegado a ser ciencia, es decir, ¿un saber depurado de toda retórica!). No fue fácil liberar a la retórica de tal cárcel precisamente porque se trató de una cárcel mimetizada como batalla en favor de la ciencia y del progreso, bajo el presump-

to de que la tradición y el dogmatismo eran eminentemente retóricos.

GRV. —Creo que ahora es el momento de abordar, aunque sea brevemente, esta retórica de la anti-retórica. Necesito y necesitarán también tus lectores entender de qué se trata.

LR. —Se trata de eso, de que sobre todo los intelectuales a menudo sientan la necesidad de expresar su pretensión de estar diciendo la pura verdad, de estar interesados en no tratarla como una maniobra eminentemente retórica, aunque los hechos los desmientan. Bueno, me parece que antes de los años noventa la idea misma de retórica de la anti-retórica casi no se conocía. Por lo menos no se hablaba de ella.

Por otro lado, la disimulación socrática es una retórica de la anti-retórica (quizás, el primer ejemplo de gran envergadura). Ya hemos hablado de lo que ocurre al inicio de la *Apología* platónica. Por otro lado, cabe recordar que en los años ochenta se empezó a hablar de la retórica de los teoremas matemáticos. Los investigadores de las matemáticas dicen a veces que ciertas demostraciones son “muy elegantes”: expresión comprometedora, diría yo [véase Polya 1957]; se pudo comprobar que ciertas demostraciones de teoremas en los *Elementos* de Euclides eran feas, porque eran innecesariamente obscuras, intrincadas, complicadas y difíciles de recordar [Mosconi-Serafini 1984]. Además, se publicó un libro sobre la retórica en el *Diálogo sobre los máximos sistemas*, de Galileo [Finocchiaro 1980].

GRV. —Ahora recuerdo una afirmación de Paul Feyerabend en su *Tratado contra el método*. En el capítulo 11 el filósofo dice así, textualmente: “Galileo tuvo éxito debido a su estilo y a sus hábiles técnicas de persuasión, porque escribía en italiano en lugar de hacerlo en latín...”

LR. —Exacto. Frente a este tipo de investigaciones, me parece que hay cierto silencio por parte de los profesores de retórica, quienes a menudo se limitan a hablar de los recursos retóricos

de los escritores. Con esta actitud me parece que se encierran en un mundo *empequeñecido* de manera por demás impropia. En la retórica hay un campo mucho más extenso que el de la literatura, como intenté explicar en el artículo que mencionas sobre “Un punto de vista holístico...” [Rossetti 2009].

En efecto, me parece muy necesario que los especialistas en retórica salgan, literalmente hablando, del ámbito de la literatura hacia un mundo pleno de vida y sumamente interesante que existe ya y que les permitiría cambiar inmediatamente de perspectiva.

GRV. —Esta idea me parece bastante clara y muy importante. Quiero ahora confesarte que me di cuenta de que tu libro había influido de manera imperceptible en mi orientación acerca de la interpretación de los textos sólo después de una segunda lectura. Por ejemplo, el énfasis que tú pones en el *telos*, en la finalidad, se transformó en mis estudios en el núcleo creador del texto y en el foco de atención del estudioso del discurso. Sin embargo, no empleo en general los ejes conceptuales de tu teoría (como macro-retórica, formateo y umbral crítico), tal vez por un instinto de querer permanecer atado a las bases firmes que ofrece la retórica clásica. Hoy considero que esto ha sido una gran falta mía, y pienso que quienes nos dedicamos al estudio de la retórica debemos volver la mirada a los aspectos teóricos que presentas.

LR. —¡No hablemos de “falta”, por favor! Sin duda, tu libro *La palabra y la flecha* [2005] está impregnado de cultura *macro-retórica* y el hecho de no utilizar cierta terminología es prueba de que no escribiste como un epígono, sino como un investigador genuino. Llevaste a cabo el encuentro real de estas nuevas ideas con elementos nodales de la retórica occidental.

GRV. —Realmente me halaga lo que dices, Livio, aunque no sé... Ahora vayamos precisamente a esta retórica tradicional occidental o a las directrices tradicionales. Los motivos de tu acercamiento a la retórica explican tu orientación y la diferencia fundamental

que tienes frente a las tendencias que ponen énfasis especial en los aspectos del estilo. Pero los estudios actuales han otorgado mucha atención también a la argumentación, que pertenece a la invención retórica, aunque debo admitir que todavía hay muchos especialistas que tratan ese aspecto como algo ajeno a la retórica. De cualquier manera, la dimensión argumentativa es un elemento fundamental en tu concepción de la retórica, pues una parte sustantiva de tu producción ha consistido precisamente en descubrir los mecanismos de persuasión empleados por los pensadores antiguos para alcanzar sus propósitos de dar mayor soporte a sus doctrinas. Ya en tus primeros artículos, una de tus preocupaciones centrales se refiere al aspecto argumentativo, a la inteligencia comunicativa de los grandes pensadores griegos, destacando un elemento no abordado ni siquiera por los estudiosos de la filosofía: el empleo habilidoso e incluso tramposo del lenguaje. Pero éste no es el tema central de tu libro. En él te refieres al proceso inicial que consiste en definir que tipo de argumentos considerar y cómo deben presentarse, todo lo cual se combina muy bien con tu definición de retórica como “ciencia de los artificios comunicativos de carácter fundamentalmente lingüístico” (p. 16) y como “teoría de la sabiduría comunicativa y como habilidad analítica” (p. 24). ¿Qué relación hay, desde tu punto de vista, entre argumentación y retórica?

LR. —Yo distinguiría la argumentación cuya finalidad es el conocimiento, de la argumentación que está orientada a conseguir la persuasión de otros, la construcción de consenso, la creación de sorpresa, etcétera. La segunda es una argumentación caracterizada como retórica, ¿no te parece? En cambio, la primera podría no tener tal connotación. En cuanto estudioso de retórica puedo desinteresarme de ciertos usos muy particulares de la argumentación. Por ejemplo, cuando busco un criterio para juzgar correctamente algo que me interesa juzgar bien, y no equivocarme. Pero, ¿cómo podría desinteresarme de la verdadera arquitectura de la que depende el efecto retórico, es decir, la persuasión o el compartir las mismas emociones? Todo eso me parece estrictamente esencial para la retórica.

GRV. —Interesante distinción. Pero ya que hablamos de argumentación, ¿qué me dices de Perelman, considerado el gran teórico de la argumentación retórica? Todos sabemos que la retórica contemporánea tiene muchas deudas con él, y me parece que tu manera de abordar la retórica no es la excepción, sino que varias ideas tuyas también provienen de él. ¿Cuáles ideas particularmente importantes te parece que retomaste de él?

LR. —Te agradezco que me hayas hecho esta pregunta, aunque no es fácil responderla, porque en abstracto uno se podría imaginar que existe una gran convergencia con Perelman, y que las diferencias son casi sólo terminológicas. A mí no me parece que en mi caso sea así, porque el mismo Perelman siempre nos habla de estratagemas, como, por ejemplo, las “variaciones de expresión” [1958: parte II, cap. III], que modulan de manera imperceptible el sentido de lo que se dice, no del fin, es decir, del proyecto, del criterio con el cual utilizar los medios más diversos. Me parece que Perelman enriquece enormemente el panorama de los medios, pero poco dice sobre el proyecto, como si el retórico siguiera siendo el especialista de medios, de estratagemas. No sé si me equivoco, pero yo siempre tuve la impresión de que faltaba abordar la elaboración del proyecto, es decir, de que no se llegaba a tratar del criterio con que se eligen los estratagemas. Nótese que, si no llegas a este nivel, después tendrás problemas para entender la idea misma de decisión de comunicar alguna cosa y no otra, de hacerlo de una determinada manera y no de otra, con base en cierto análisis de la situación en la cual el emisor se encuentra.

GRV. —Estoy básicamente de acuerdo contigo, pero permíteme, maestro, subrayarte que esta posición tuya frente a la generalidad de los teóricos de retórica (y del mismo Perelman) no me parece tan revolucionaria, porque algunos autores han estudiado la actividad previa a las cinco partes de la retórica, aunque no se emplea la palabra macro-retórica, en referencia a ese momento preparatorio donde el emisor trata de predisponerse a sí mismo y trata de predisponer a su destinatario

para alcanzar una comunicación bien lograda, y mucho menos se recurre al concepto *formatear* o a otros conceptos que tu empleas.

LR. —Esto que me estás diciendo es para mí una sorpresa, ya sea en relación con la parte previa a las cinco clásicas o bien en relación con los autores que trataron de esa parte previa. Te recuerdo que los tratados de retórica simplemente se desinteresan de esta “actividad previa a las cinco partes”; la ignoran, la tratan como si no fuera una parte del conjunto y, diría yo, la parte más importante, la parte absolutamente decisiva, la parte de la cual depende la *ratio* de todas las demás etapas de la elaboración retórica no simplemente de todo discurso o texto, sino de toda iniciativa comunicativa. ¿O soy yo quien no recuerdo bien?

GRV. —No, Livio. Creo que no me expliqué bien. Lo que digo es que algunos estudiosos han trabajado sobre esa parte previa que tú consideras como *planeación estratégica*, pero debo señalar, en primer lugar, que son pocos los autores que se han interesado en esta parte “no constitutiva de discurso”, para utilizar una expresión de nuestro querido amigo Tomás Albaladejo; en segundo, que, al referirse a esa parte previa, se estudian otros aspectos no contemplados por ti (por ejemplo, la causa, el género o el juicio, etcétera), y en tercer lugar, que el concepto que tú tienes de macro-retórica no aparece de hecho en la literatura al respecto. De cualquier modo, se debe admitir que la tradición retórica se ha orientado al estudio de las operaciones constitutivas del discurso y, en menor escala, al de la *actio*, pero no a la parte que a ti te interesa, entendida como *planeación estratégica*. Para entendernos mejor, quisiera dar algunos ejemplos de lo anterior.

LR. —Me parece adecuado.

GRV. —Pues bien, dentro de la llamada “lingüística textual”, corriente aparecida en los años setenta del siglo pasado, *macro*

se ha empleado como primer elemento de compuestos que designan operaciones del análisis semántico del texto, en particular, el término *macroestructura*. Teun A. van Dijk introdujo esa noción para referirse a la idea general o asunto de un texto que constituye uno de los tres niveles, frente a la microestructura, que es la idea contenida en una oración y la superestructura, esto es, a la estructura esquemática o la “forma global” de un discurso [van Dijk 1980: 53]. Luego de analizar la arquitectura semántica se estudian los diversos contextos pertinentes de la obra. Esta explicación de unidades textuales semánticas (el objeto de la lingüística textual son los conceptos) tuvo bastante éxito en Iberoamérica. Siguiendo este sentido de *macro*, la *macro-retórica* podría referirse a los tópicos del discurso. Sin embargo, es claro que la teoría rossettiana va en sentido contrario: primero se debe entender la planeación que permite elegir determinadas estrategias y que responde a cierta intencionalidad.

LR. —En efecto, no conocía a este autor. Si la estructura esquemática de van Dijk tiene que ver con el conjunto de modelos que el hablante utiliza de manera más o menos consciente o de entre los cuales elige la tipología de su iniciativa comunicativa, bueno, pues entonces me parece que éstos son precisamente elementos macro, aunque se trata de elementos que pertenecen a un punto de vista descriptivo o estático.

GRV. —La noción de macroestructura empleada en lingüística textual no parece haber tenido eco fuera de esa escuela. Habrá que observar que, junto al concepto de macro-retórica se emplea el de micro-retórica, que se refiere propiamente a la elaboración textual del discurso, en particular a los elementos del estilo, de manera que, por oposición a ella, la macro-retórica podría consistir en la elaboración de las partes mayores del discurso. Precisamente, Cristian Noemi [1996] considera como macro-retórica la organización del discurso desde un punto de vista argumentativo, es decir, hace corresponder la macro-retórica con la *dispositio* en lo que se llama nivel macro-estructural. En cambio, llama *superretórica* al conjunto de conocimientos

dirigidos a la planeación estratégica. Se trata, sin duda, de un caso aislado que no me parece que haya tenido ningún impacto en los estudios de retórica.

LR. —Parece haber una relación entre macro- y *superretórica*.

GRV. —Por su parte, un grupo de estudiosos daneses de lingüística cognitiva da a la palabra *macroestructura* el sentido de “fase pre-productiva estratégica” que comprende el macroacto lingüístico, la contextualización y la planificación que dependen del objetivo específico [Jansen *et al.* 1997: 47]. Se indica que la duración de esta subfase es variable: la estrategia se va desarrollando al mismo tiempo que se habla (en los casos del discurso espontáneo), o precede con bastante anticipación (como sucede en la elaboración de una tesis). La planeación consiste en la realización de una serie de elecciones relativas al médium, y al contenido y a la forma. El médium es el canal y depende de las condiciones que se imponen a los hablantes o puede depender de la elección del orador. La operación macroestructural implica una serie de decisiones en el nivel microestructural: estructura sintáctica, léxico y formas de control y regulación del discurso. Korsen, uno de los miembros de esta escuela, identifica las cuatro dimensiones lingüístico-cognitivas de la siguiente manera: microestructura, macroestructura, contexto y trasfondo sociocultural general. La macroestructura se refiere a la sintaxis y a la pragmática textual. En suma, la macroestructura así entendida se corresponde, en cierta medida, con la macro-retórica en la teoría rosettiana. ¿Qué opinas al respecto? ¿Tiene una connotación especial diferente de macroestructura en el ámbito cognitivo?

LR. —No conocía este esquema teórico y veo con gusto que se encuentra muy cerca de lo que estamos hablando. Pero permíteme subrayar que, según me parece, contexto y trasfondo sociocultural general no tienen que ver con la elaboración de un proyecto de iniciativa comunicativa. Desde este punto de vista yo diría que no tiene que ver con la retórica sino con otro

problema relativo a la investigación sobre asuntos conscientes o no conscientes de un acto de comunicación que tuvo lugar anteriormente.

GRV. —Me he detenido en la escuela lingüístico-cognitiva porque me parece que refleja mejor tu interés al respecto; para ti existe un vacío notable sobre esta dimensión de la retórica, vacío que es evidente y que, desde el año de 1994 hasta la fecha no se ha cubierto o subsanado, por lo cual la publicación de las *Estrategias macro-retóricas* sigue siendo absolutamente válido. Afirmas que

A este sustancial pecado de omisión [la falta de atención por la dimensión estratégica, *macro* de la comunicación] ponen algún remedio otras disciplinas, desde la semiología a la ciencia de la comunicación, desde la psicología dinámica a la pragmática y a la lógica informal, pero se admitirá que su aportación, pese a ser altamente significativa, es sólo tangencial y no sistemática, no suficientemente dirigida [cf. *supra* p. 17].

El ejemplo que hemos dado de la escuela danesa confirma lo dicho por ti. Sin embargo, existe en la tradición retórica el término técnico *noêsis-intellectio* que incluye también la planeación de la actividad retórica, entre otros elementos. Francisco Chico Rico [1989 y 1998] y Tomás Albaladejo [1998] han recuperado ese concepto de la retórica clásica, específicamente de Sulpicio Víctor: el nivel de la *intellectio*, que se encuentra situado en la organización del hecho retórico y fuera de la construcción retórica, “establece las bases de una constitución del discurso que cumpla con las exigencias que la situación comunicativa impone al orador en su actividad comunicativo-textual” [Albaladejo-Chico Rico 1998: 343] e incluye también la defendibilidad de una causa.

LR. —Sí, Gerardo, reconozco que hay convergencia. Ellos hablan de organización del hecho retórico, mientras que yo habla-

ría de planeación o proyección de una iniciativa comunicativa, pero me parece que la sustancia es la misma.

GRV. —Disculpa que insista en la connotación de macro-retórica, siendo éste el concepto medular de tu teoría. Uno de los más reconocidos estudiosos en el ámbito de la historiografía contemporánea, J. H. Hexter, emplea ese mismo término. Él afirma: “la macro-retórica dicta la selección de ‘hechos” [1971: 328].

LR. —Frente a la afirmación de Hexter, yo diría que la macro-retórica se ocupa de seleccionar no sólo hechos (tengo la costumbre de decir: “hacer ver algunos aspectos y al mismo tiempo asegurarse de que no se vean otros”), sino de hacer muchísimas otras elecciones frente a una serie de posibilidades.

GRV. —Ciertamente. Además, Hexter se refiere al ámbito de la historia. Por otro lado, los estudios de Hexter de inmediato nos conducen a la *Metahistoria*, de H. White, que en cierto sentido se relaciona con la idea central del libro que ahora está en mano del lector, cuando habla de que postula “un nivel profundo de conciencia en el cual el pensador histórico escoge estrategias conceptuales por medio de las cuales explica o representa sus datos” [1992: 10]. Sin embargo, White no emplea la palabra macro-retórica o macro-historia, sino *metahistoria*.

LR. —De acuerdo: no por nada él habla de estrategias conceptuales.

GRV. —El otro término novedoso de tu libro es el de *formateo*. Las nuevas tecnologías multimediales han tenido una influencia muy evidente en tu obra, pero tu libro fue publicado en una época en que la computadora aún no había mostrado toda la capacidad que podemos observar ahora. La Internet estaba en sus inicios. Los avances posteriores en el campo de la computación han sido espectaculares. Y la retórica se vinculó con la computación, como puede observarse en una rica bibliografía

sobre la retórica hipertextual, digital o virtual, referida en particular a las técnicas retóricas utilizadas en Internet, entre una serie de fenómenos estudiados por Tomás Albaladejo (cf. 2004). Un fenómeno adyacente es el empleo de términos digitales en el campo de la retórica, en lo cual tú pareces haber sido pionero. Esta terminología, que en la actualidad se ha masificado, representa una influencia de la tecnología digital en la teoría retórica. Sin embargo, ya han pasado casi quince años y es probable que hubiera sido necesario actualizar tu texto con nuevos términos que se han ido haciendo cada vez más cotidianos como hipertexto o tal vez interfaz.

LR. —Utilizo ese concepto de la tecnología digital, porque me parece sumamente claro. El *modus operandi* de las computadoras tuvo el mérito de persuadir/explicar a todo el mundo de que antes de hacer algo con la computadora necesitas asegurarte de que (a) la maquina esté organizada para hacer lo que quieres (por ejemplo, que tenga un buen programa de videoscritura) y (b) que reconozca tus digitalizaciones como pertenecientes a tal tipo de programa, de manera que pueda interpretarlas correctamente. Si no tienes ambas, no podrás hacer lo que quieres. Pues bien, en todo eso yo veo una ayuda para reconocer la importancia del proyecto. Toma en cuenta que el proyecto mismo presupone que yo tengo los recursos necesarios. Si, por ejemplo, yo pretendo hacer un pequeño poema en endecasílabos o en dísticos elegíacos, habrá que ver si, soy capaz de lograr los dos tipos de versificación, porque si no lo soy, el resultado será un completo fracaso, aunque el proyecto sea muy bonito.

GRV. —Me parecía que la palabra *formatear* era el concepto central de la macro-retórica, pero es sólo el primero de cuatro elementos que combinados dan cuerpo a tu teoría, y dirige su atención a la adecuación de la situación o circunstancia para la recepción apropiada del mensaje. En este caso me gustaría señalar el estudio de Patrizia Liviabella [2009], que muestra con mucha claridad en su análisis de casos concretos de las *Etiópicas*

de Heliodoro cómo una comunicación de calidad inicia con la creación o modificación de la atmósfera adecuada. El anciano sacerdote Calasiris dice al malvado jefe de una banda de piratas “Yo preferiría [...] dártela [a la hermosa Cariclea] a ti como esposa, sea porque te conozco, sea porque tienes un patrimonio, sea sobre todo porque has ya prometido transferirte a nuestro pueblo si obtienes su mano”. Pero todo ello es falso y el sacerdote en realidad piensa lo contrario de lo que dice, pero no puede expresar la verdad porque entonces Cariclea caería en manos de ese hombre en vez de casarse con su joven amado. El emisor debe satisfacer ciertas expectativas de su destinatario, darle por su lado, ponerse de su parte de manera real o engañosa, actuar con suma prudencia. En el caso de Calasiris, alguien podría encontrar la retórica del engaño contra la que tanto se quejaba Platón y los filósofos modernos, aunque nadie diría que Calasiris no está haciendo lo adecuado. He ahí entonces cómo el engaño y la mentira son elementos de la retórica no necesariamente negativos. Como dice un filósofo moderno: “mentir es una falta moral, nadie lo duda; pero vivir sin mentir parece imposible” (Pérez Cortés 2000). De nuevo en este caso, da la impresión de que te alejas del común de los filósofos al plantear la necesidad del recurso a la mentira.

LR. —Sí, y no sólo porque Calasiris tiene un proyecto y la mentira es elemento necesario de tal proyecto de iniciativa de comunicación. Todo discurso interesado, esto es, retórico, subraya algunos aspectos y al mismo tiempo trata de impedirte que veas otros. En consecuencia, cumple el mismo trabajo de la foto o del cine (o de la TV): descontextualiza el objeto, te hace ver sólo lo que quiere hacerte ver, te hace pensar sólo lo que quiere hacerte pensar, y por eso resulta ser engañoso y en cierta medida implica una mentira. Recientemente estudié algunas mentiras benéficas en el caso de Sócrates que aparecen en los *Memorabilia*, de Jenofonte [Rossetti 2007b].

GRV. —Creo que este punto queda claro. Veo, además, que empleas con bastante recurrencia las expresiones *iniciativa*

*comunicativa* y *contrato comunicativo*. Los primeros elementos, *iniciativa* y *contrato*, parecen ser conceptos empresariales. Por ejemplo, la primera expresión se utiliza para referirse al lanzamiento en el mercado de una revista o la elaboración de un proyecto de información. En el ámbito político, la iniciativa es un proyecto de ley, y en general puede indicar la primera persona que interviene en la discusión de un asunto público, como cuando un analista político afirma que “El gobierno [español de José Luis Rodríguez Zapatero] empieza a tomar la *iniciativa comunicativa* con poderosos golpes de efecto”. No sé si con la expresión te refieras específicamente a quien toma la iniciativa o a la decisión intencional del hablante de comunicarse con su interlocutor o al simple impulso no intencional o si tiene algunas connotaciones específicas.

LR. —Más o menos sí, porque cuando considero que debería hacer algo, por ejemplo, contestar tu email, antes que nada me pregunto si escribirte o no, y sólo después, qué escribirte y cómo escribirte lo que me parece que yo debería escribirte. Mientras que la retórica o la lingüística descriptiva nos dan una imagen estática del acto comunicativo, hablar de iniciativa comunicativa nos ayuda a pensar que estamos hablando de una actividad, y de una actividad que cada vez modifica un poco el estado de una o varias cabezas (podría decir: del mundo).

GRV. —Sí, por eso me refiero en particular a este punto, aunque no sea puesto en evidencia en tu libro de 1994. La otra expresión, *contrato comunicativo*, naturalmente da la idea de un acuerdo implícito entre los interlocutores o tal vez de las reglas en las que se basan los actos de habla en la teoría de John Searle [1994: 46]. No es necesario abundar sobre este asunto, porque me parece que lo has planteado adecuadamente en el libro, pero sí me gustaría subrayar de nuevo que empleas términos que pertenecen a otros ámbitos, lo cual me parece que evidencia precisamente lo que has estado diciendo, que esta parte de la retórica ha sido descuidada y en consecuencia no ha sido conceptualizada.

LR. —En efecto, me parece que sea básicamente así. En un lado, quienes, están como Umberto Eco, hablan de contrato literario (me parece evidente que sea un caso particular del contrato comunicativo); en otro lado, se encuentra Searle, quien habla de manera totalmente abstracta. Por su parte, los retóricos no tuvieron casi nada que decir... ¿es curioso, no?

GRV. —Otra expresión semejante es *umbral* o *punto crítico* que se emplea a menudo en referencia a los fenómenos meteorológicos y económicos. Así, por ejemplo, cuando una presa llega a su punto crítico se dice que llegó a su límite, esto es, cuando ya se llenó al cien por ciento. Medir el punto crítico en estos casos es una operación fácil. En cambio, en la retórica la delimitación del punto crítico puede resultar una tarea bastante complicada, puesto que el punto crítico subjetivo no se distingue del presuntivo excepto en que éste es una valoración múltiple.

LR. —Aquí tendré que subrayar algunas cosas, y espero hacerlo de manera adecuada. Si adoptamos la óptica de la retórica tradicional, parece extraño que, en el análisis del acto comunicativo, uno se ocupe del fin y no sólo de los medios. Pero cuando hablamos de punto o umbral crítico vamos a tomar en cuenta el objetivo que uno se plantea. Puede tratarse de un objetivo relativamente bajo, de forma tal que el auditorio quede más o menos interesado, o de uno más elevado, de modo que el auditorio quede convencido, u otro muy elevado, de tal manera que el auditorio llegue a la conmoción, tomar decisiones prácticas importantes. Pues bien, cuando se toma una iniciativa comunicativa, primero es normal decidir qué objetivo uno se propone alcanzar (y cuándo decir a sí mismo que el objetivo fue o no fue alcanzado); segundo, es normal hacer cosas (elegir medios) con el fin de inculcar en el auditorio la idea de qué cosa dicha es lo máximo que se requiere en esa situación, qué es necesario y suficiente, qué sería inapropiado o demasiado, etcétera. El éxito de la iniciativa comunicativa depende en gran medida de este tipo de preliminares, que, en última instancia, son negociaciones (asimétricas y virtuales) con el auditorio. ¿No te parece?

GRV. —Claro que sí. Pero me parece que de los elementos macro-retóricos sólo desarrollas el formateo, al que pertenecería también el contrato comunicativo. En cambio, la “determinación de+ la mezcla de señales”, el “monto del impacto” y “los tiempos de suministro” no han sido tocados de manera sistemática.

LR. —Es verdad. Debes saber que cuando se publicó el librito me pidieron que fuera bastante conciso. Y estos temas me parecieron como de segundo nivel, como temas que se podrían tratar sólo después de la construcción de un tejido conceptual ya bastante elaborado.

GRV. —En efecto, tu teoría es abierta y permite el enriquecimiento del modelo. Ahora permíteme hacerte una pregunta que con bastante frecuencia se hacen los estudiosos de retórica: ¿hacia dónde se dirige la retórica?, ¿cuál es el futuro de la retórica? Parece que esta disciplina ha vuelto por sus fueros y que se encuentra en su apogeo. Sin embargo, tengo la impresión de un gran desorden, de un sinnúmero de tendencias, de un universo de concepciones. No sólo veo una *literaturización* de la retórica, sino también una *filosofización*, una *semiotización*, un estudio de esa disciplina con base en parámetros lingüísticos, etcétera. Por otra parte, observo una *retorización* de la cultura: el estudio retórico de la pintura, de la música o de la urbanística, por ejemplo.

LR. —Añadiría el caso de las ciencias de la comunicación, que se van constituyendo como una esfera disciplinaria, casi sin que uno llegue a darse cuenta de que no es nada más que cien por ciento retórica. Así como existía la retórica aplicada a los procesos judiciales o al debate en la asamblea, exactamente de la misma manera existe la retórica de las telenovelas, la retórica del noticiero en la TV, la retórica de la “conservación del cliente”, etcétera, etcétera. Y nótese que lo que hace diferente un ámbito del otro es el fin, el proyecto.

GRV. —Sin embargo, parece que escapa a estas formas de abordar la retórica lo propiamente retórico, lo que tú acertadamente

llamas “sabiduría comunicativa”, “comunicación sabia”, “comunicación de calidad” y otras expresiones similares.

LR. —Quizá no pueda generarse de cierta confusión (aparente) una percepción más adecuada y más dialéctica de la retórica.

GRV. —Pero creo que con tu libro ya regresamos al núcleo de lo retórico, aunque se trata de aquel núcleo de la sapiencia retórica no escrita, de los artificios retóricos empleados de manera práctica y consciente que después no fueron teorizados por los filósofos. Naturalmente tus planteamientos no eliminan los numerosos y riquísimos estudios sobre el arte de la palabra sino que, me parece, se agregan a ellos como orientación teórica y práctica. Ojalá tus lectores lleguen a darse cuenta del giro que estás dando a nuestra disciplina, es decir, que se conduzcan en el estudio eminentemente retórico de la retórica.